

Carta abierta a un joven

Tu me conoces; sabes quién soy, qué pienso o que hago. Yo también te conozco desde hace mucho tiempo. Antes de que tu nacieras. Te conocí, por ejemplo, hace 25 años, cuando Europa se preparaba para repetir la sangrienta e inútil matanza de la primera guerra mundial, esta vez multiplicada en crueldad y desastres. En ese entonces tu y otros como tu se lanzaban a las calles de Alemania, de Austria, de Polonia, llevados por esa necesidad que la juventud tiene de quemar sus energías de cualquier forma. Normalmente, en tiempos de paz, ese sobrante dinámico lo gastan los adolescentes en el deporte, las reuniones juveniles, las luchas estudiantiles. Pero aquellos países, —en aquella época— pasaban por un momento de crisis, de conmoción interna, que a fuerza de miseria y desesperación había subvertido la vida habitual. Tu, entonces, igual que ahora, llevado del brazo por absurdos ideólogos, vocero de un esquema simple y aún sin comprender, creíste hallar la punta de la enmarañada madeja: La culpa de todo la tienen los judíos. Y de ese su puesto arbitrario derivaste a los otros: Ellos de tentan la conducción económica. Están vendidos a nuestros enemigos. Son apátridas. Son la punta de lanza del imperialismo soviético. En realidad, ni tu mismo sabes bien si eso es cierto. Pero necesitabas creerlo. Te sobraban energías y no sabías dónde quemarlas y esa aparecía como una buena causa. Una causa que al mismo tiempo que te posibilitaba actuar conforme a un principio, ocupaba todo tu tiempo, todo tu lamentable tiempo de joven desocupado.

Aquellos fueron los tiempos de oro del antisemitismo. Todavía era un ideal, Malo, tonto, pero un ideal al fin.

Pero después, —el tiempo es el gran precipitador de los hechos de los hombres— te volví a ver con un nuevo disfraz. Ya tenías la insignia que todavía usas: la svástica. Eras guardia en los campos de concentración o en el "ghetto" de Varsovia. Sin quererlo, o queriéndolo, estabas llevando a la práctica aquellos mal comprendidos conceptos. Ya no eras un idealista sino el cómplice —conciente o no— de un asesinato. Del mayor asesinato de la historia. Tan grande fue que la ciencia jurídica debió acuñar una palabra para definirlo: eras genocida.

Después volví a verte en muchos otros lugares y tiempo. Te conozco pues muy bien.

Yo sé que te han dicho de mí y de los míos. Y me apena que te hayan engañado. Un poco de nuestra historia la hallarás en el Antiguo Testamento (Allí verás, por ejemplo, cómo

le dimos al mundo los Diez Mandamientos y la idea de un solo Dios). O lo demás podrás encontrarlo en cualquier historia Antigua, Media y

Contemperánea de las que usas en la escuela secundaria. Ya ves que bien te conozco. Sé, incluso, que eres estudiante secundario. (Pero no creas que soy adivino. Es muy simple: si fuera alumno primario estarías en otras ocupaciones menos complejas. Y si no fueras estudiante, sin duda, toda tu energía estaría dedicada a conseguir el pan diario, ayudando en el trabajo a tu padre y luchando por la verdadera liberación de nuestra patria. Nuestra patria he dicho. Porque aunque no lo crees y aunque los que te adoctrinan no lo quieran, esta patria la siento y es mía. En primer lugar no somos tantos como te han dicho, aunque eso no importe. Podríamos ser seis millones más, pero ellos quedaron en los campos de exterminación, en premio a tu triste victoria. Además, y aunque te sorprenda, no somos todos iguales. Un judío de China es tan parecido a mi como un irlandés lo es a ti. Creemos, sí, en el mismo Dios y practicamos el mismo culto, así como tu y el irlandés hacen lo propio. Es cierto, sin embargo, que yo y ese chino sentimos una necesidad de acercarnos mayor que la que tu puedes tener con el irlandés. Eso ocurre cuando tu, y el irlandés como tu, con el apoyo de aquellos ideológicos, se proponen acabar con nosotros. Y claro, nos defendemos y, para ello, nos buscamos, estrechamos filas.

Allí se detiene toda nuestra igualdad, pues sus hijos son chinos y los míos argentinos. El ama a su tierra y yo a la mía.

Te he contado muy poco de todo lo que podría decirte. Si esto no es bastante, es porque nada servirá para convencerte de que tu causa es injusta. Si dudas ven a verme, charlaremos un rato de todo esto. Después de todo eres un viejo conocido.

(Ven y te mostraré, entre otras cosas, cómo los que piensan como tu, en tiempos de Hitler, hacían jabones con grasa judía. Y te invitaré a reflexionar sobre el gran dolor que tu mismo experimentarías si aquellos jabones se hubieran hecho con sangre y carne de tus propios familiares. Ese es el gran dolor que yo siento).

Si no te has convencido deberé confiar en el tiempo. Y si tampoco él lo consigue y tu insistes en estas tareas, serás, aunque me pese, mi enemigo. Tu intentarás siempre atacarme. Yo haré que las autoridades te castiguen.

Podemos evitarlo. Búscame y hablemos. No quiero ser yo el que vaya a verte porque sé que te averganzarás. No quiero sacarte venta-

ESPACIO DE PUBLICIDAD

n de Tacuara

jas. Sólo te pido una cosa. Debe haber alguien mayor que tu a quien respetas. Ve hacia él y consúltalo sobre todas tus dudas. Estoy seguro que hallarás una tarea mejor en qué emplear energías. Podría ser yo ese hombre —si tu lo quisieras—. Pero, al parecer, aún no me respetas.

Alejandro S. Jassan

P.D.: Mis hijos están enojados contigo. Ellos no piensan como yo. Creen que deben castigar te. Ellos no entienden que tu eres un irresponsable, un perfecto irresponsable. También a ellos los comprendo. Y cuidado, pues están muy enojados.

Detuvieron al Jefe de i